

Alcide De Gasperi y su legado europeo

Charles Powell | Director del Real Instituto Elcano |

Palabras de Charles Powell, director del Real Instituto Elcano, en el acto con motivo del 60 aniversario del fallecimiento de Alcide De Gasperi, realizado en Madrid el 7 de noviembre de 2014, y organizado por la Embajada de Italia y el Real Instituto Elcano.

Cuando el Embajador de Italia, Pietro Sebastiani, me propuso hace ya unos meses la organización conjunta de un acto con ocasión del sesenta aniversario de la muerte de Alcide De Gasperi, no lo dudé ni un instante. A mi modo de ver, el político italiano es sin duda una de las grandes figuras políticas del siglo XX europeo, y sin embargo, en España no se le conoce como se debiera. Esto seguramente es atribuible a los avatares de la historia política española, y al hecho, sobradamente conocido, de que nuestro país no pudo participar en los apasionantes debates que dieron lugar al nacimiento de lo que hoy conocemos como Unión Europea. En vista de ello, y pensando sobre todo en los españoles que hoy nos acompañan, especialmente los más jóvenes, quisiera hacer algunos comentarios breves sobre el legado del ilustre estadista italiano y su vigencia en la época actual.

Creo importante subrayar, en primer lugar, las raíces culturales del europeísmo de De Gasperi. Me estoy refiriendo, sobre todo, a su visión cosmopolita de lo europeo, que suele vincularse a sus orígenes trentinos, al hecho de ser un hombre de frontera, y a su experiencia política como parlamentario del imperio austro-húngaro. Este es un aspecto muy relevante -y muy actual- de su personalidad, ya que los europeos seguimos teniendo serias dificultades a la hora de enfrentarnos a nuestra identidad. En España, hasta hace relativamente poco, dábamos por hecho que el proyecto europeo había hecho posible compartir simultáneamente varias identidades, y que no suponía problema alguno sentirse vasco o catalán, y a la vez, español y europeo. Hoy, por desgracia, algunos ya no estamos tan seguros de que esto sea así. En todo caso, y con independencia de nuestras actuales tensiones territoriales, cabe suponer que los dilemas asociados a la necesidad (y la dificultad) de compaginar la unidad y la diversidad seguirán ocupando un lugar destacado en el debate sobre el futuro de Europa.

Personalmente, me resulta especialmente atractiva la intuición de De Gasperi de que, si las ciudades crearon las naciones, serían las naciones las que crearían el futuro Estado europeo. (Esta es sin duda una visión muy italiana del proceso, que

refleja también su profunda sensibilidad histórica). Me interesa subrayar también que De Gasperi pensaba que la unión de Europa debía fundarse en la unidad de las naciones, no en su disgregación. ¿Cómo podía lograrse esto? La respuesta la encontramos en la siguiente afirmación: “preservando la autonomía de todo lo que está en la base de la vida espiritual, cultural y política de cada nación, se salvaguardan las fuentes naturales de la vida en común. Nada debería ser declarado común más allá de lo que es indispensable a la finalidad común”. Como verán, estamos ante una definición muy acabada de uno de los pilares básicos del proceso de integración europeo, como es el principio de subsidiariedad: “nada debería ser declarado común más allá de lo que es indispensable a la finalidad común”.

Esta observación me lleva a mi segundo comentario sobre la contribución de De Gasperi al proyecto de integración europeo. Como es sabido, dicho proyecto fue impulsado por las tres grandes familias políticas europeas de la época: la democristiana, la liberal y la socialista. En España esto tiende a olvidarse, en parte porque, como ya se mencionó, estuvimos ausentes de los primeros compases del proceso, y también porque el proyecto europeo español de los años 70 y 80 suscitó una unanimidad insólita, ya que también contó con el apoyo de comunistas y ex franquistas.

No creo que tenga mucho sentido polemizar sobre cual de las tres familias hizo la contribución más importante o duradera en el tiempo. Pero de lo que no cabe duda es que la aportación de la familia democristiana fue especialmente relevante, y el protagonismo de De Gasperi es un buen ejemplo de ello. En el ensayo que precede los discursos de De Gasperi editados en español por el Centro de Estudios Europeos de la Universidad CEU San Pablo, su hija Maria Romana nos recuerda, con razón, que “los partidos de inspiración cristiana fueron de los primeros en tener una visión ‘europea’ de los problemas” de la época. En el ámbito de las ideas, la familia democristiana aportó algunos conceptos clave, como el ya mencionado de la subsidiariedad, que hunde sus raíces en la doctrina social de la Iglesia. Y en lo referido a la praxis política, el peso de la familia democristiana explica en no poca medida la complicidad surgida entre tres de los ‘padres fundadores’ de Europa, el italiano De Gasperi, el francés Robert Schuman y el alemán Konrad Adenauer. En buena medida, fue la experiencia del fascismo y del nazismo lo que unió a estas figuras en un diagnóstico compartido sobre los males de Europa, y también sobre el potencial del proyecto europeo como única fórmula capaz de garantizar la paz y la convivencia en el futuro. Evidentemente, De Gasperi no fue el único político italiano en compartir esta visión – basta recordar al liberal Altiero Spinelli, impulsor del bellissimo Manifiesto de Ventotene de 1941- pero sí fue uno de los primeros. De hecho, ambos forman parte de esa riquísima escuela federalista italiana que tanto ha contribuido a la construcción de Europa, tanto desde el plano intelectual como del estrictamente político.

Quisiera referirme también al protagonismo de De Gasperi en varios de los momentos estelares del europeísmo de la segunda posguerra. Como es sabido, el estadista italiano participó con entusiasmo en el Congreso del Comité Internacional del Movimiento para la Unidad Europea, celebrado en La Haya en mayo de 1948, que reunió a un millar de europeos provenientes de una veintena de países, y de todas las tendencias ideológicas, a excepción de los comunistas y de la extrema derecha. De ese Congreso surgió un nuevo Movimiento Europeo, bajo una presidencia colectiva formada por el ex primer ministro británico y conservador Winston Churchill, el socialista francés León Blum, el socialista belga Paul-Henri Spaak, y el propio De Gasperi. Sin embargo, en La Haya fue imposible alcanzar un consenso sobre el tipo de asamblea parlamentaria que debía existir en Europa: para los federalistas como De Gasperi, debía ser una verdadera asamblea constituyente, que elaborase una futura constitución europea; para los contrarios al federalismo, bastaba con una asamblea de carácter consultivo. Como es sabido, y para frustración de los federalistas, al final se impusieron los segundos, lo cual daría lugar al nacimiento del Consejo de Europa en 1949. En suma, el Congreso de La Haya no fue el fin del principio de la integración federal europea soñada por algunos, sino más bien, el principio del fin de la misma, fracaso que De Gasperi tendría muy en cuenta en el futuro. En cierto sentido, La Haya puede considerarse también el primer ‘round’ en el interminable combate dialéctico entre federalistas e intergubernamentalistas que ha caracterizado el proceso de integración europeo desde entonces.

Uno de los grandes retos a los se enfrentó De Gasperi a lo largo de su vida política fue la superación de la llamada ‘cuestión alemana’, que como veremos de inmediato, fue en realidad una ‘cuestión francesa’. Como es sabido, cuando hablamos de la ‘cuestión alemana’, nos estamos refiriendo a los temores que suscitó en muchos ámbitos de la sociedad europea la recuperación económica alemana a partir de 1945. En Estados Unidos y el Reino Unido, estos temores fueron contrarrestados por la actitud crecientemente hostil de la URSS, y por la necesidad de contar con Alemania como aliada en la incipiente Guerra Fría. De Gasperi, que acababa de derrotar a los comunistas italianos en las decisivas elecciones de 1948, tampoco tuvo dudas al respecto. Pero Francia sí. De ahí en buena medida la Declaración Schuman de mayo de 1950, de la que surgió la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), que pretendía ante todo evitar que la recuperación industrial alemana planteara una amenaza estructural para Francia. De Gasperi sumó a Italia a esta iniciativa con entusiasmo, no solamente porque captó su enorme potencial, sino porque pensó que ayudaría a fortalecer a su gobierno frente a la oposición comunista.

Francis Fukuyama, en su famoso ensayo de 1989 sobre el *Fin de la Historia*, se ha referido en tono despectivo a “esos estados fofos (flabby), prósperos, satisfechos consigo mismos, introspectivos y carentes de determinación alguna de la Europa de la posguerra, cuyo proyecto más grandioso y heroico no fue otro que la creación de un Mercado Común”. En realidad, los Seis estados que impulsaron la integración

Europea en 1950 no eran ni fofos, ni prósperos, ni introspectivos, ni estaban especialmente satisfechos de sí mismos; tampoco anduvieron escasos de determinación y voluntad política. Más bien todo lo contrario.

Un buen ejemplo de ello es la actuación de De Gasperi en relación con la Comunidad Europea de Defensa y la Comunidad Política Europea, último episodio al que me quiero referir hoy. Como se recordará, este momento crítico –y fascinante– del proceso de integración europeo tuvo sus orígenes en la Guerra de Corea, que había estallado en junio de 1950. Al constatar la facilidad con la que Corea del Norte había invadido Corea del Sur, Adenauer temió que la Alemania Oriental pudiese hacer lo mismo con la Occidental, temor que le llevó a exigir la inmediata remilitarización de su país. Este propósito, que recibió casi de inmediato el apoyo de Washington, suscitó el rechazo frontal de Francia, obligando a Jean Monnet a presentar su Plan Pleven en octubre de 1950, proyecto que contemplaba la incorporación de unidades alemanas a un futuro ejército europeo, obviando así la creación de un nuevo ejército alemán.

El Plan Pleven fue el primer acto de un drama de cuatro años de duración que traumatizó a Francia, puso a prueba las relaciones franco-alemanas, y dejó malheridas las relaciones franco-americanas. También puso a prueba la paciencia y el entusiasmo europeísta de De Gasperi.

A corto plazo, esta iniciativa francesa dio lugar a la firma del tratado de la Comunidad Europea de Defensa en mayo de 1952, que contemplaba la creación de una Comisión, un Consejo de Ministros y, a propuesta italiana, una Asamblea Parlamentaria. Sin embargo, dos acontecimientos lejanos, acaecidos en marzo de 1953, contribuyeron a enturbiar el ambiente: la muerte de Stalin, y el alto el fuego alcanzado en Corea. Además, Francia atravesaba un momento especialmente delicado: el nuevo primer ministro francés, Pierre Mendès France, acababa de firmar la retirada de Indochina tras la dramática derrota de Dien Bien Phu, y de firmar un acuerdo con los rebeldes nacionalistas en Túnez. El debate sobre la Comunidad Europea de Defensa celebrado en la Asamblea Nacional en agosto de 1954, se convirtió así en un debate sobre la identidad nacional de Francia, y sobre la pervivencia de su Imperio y su Ejército, en el que comunistas y gaullistas se unieron para derrotar el proyecto. Sea como fuere, De Gasperi no vivió para verlo, ya que había fallecido doce días antes del descalabro francés, el 14 de agosto de 1954. Paradójicamente, la derrota de la Comunidad Europea de Defensa no evitó que, al cabo de un año, una Alemania remilitarizada se incorporase tranquilamente a la OTAN.

La muerte de la Comunidad Europea de Defensa supuso también el fracaso de la más importante iniciativa impulsada por De Gasperi, la Comunidad Política Europea. Como se recordará, De Gasperi había logrado adherir un famoso artículo 38 al Tratado de la Comunidad Europea de Defensa, según el cual la Asamblea de la misma, a los seis meses de su creación, podría impulsar la creación de “una

organización permanente de estructura confederal o federal”. Como es obvio, esta fórmula era intencionadamente ambigua, y se ha especulado mucho sobre su posible alcance, y sobre la intención última de su padre intelectual. Sea como fuere, lo llamativo del caso es que, sin esperar a la ratificación del tratado de la Comunidad Europea de Defensa, en septiembre de 1952 los ministros de asuntos exteriores de los Seis encargaron a una asamblea *ad hoc* (en la práctica, la asamblea de la CECA), que pusiera en marcha el proceso. Y en marzo de 1953, esta asamblea aprobó el proyecto de tratado de la Comunidad Política Europea, sin duda el gran legado de De Gasperi. Este proyecto de tratado contemplaba la creación de un parlamento bicameral formado por una Cámara de los Pueblos directamente elegida (algo que no existiría hasta 1979) y un Senado indirectamente elegido; un Consejo ejecutivo europeo (cuyo presidente sería elegido por el Senado); un Consejo de Ministros nacionales, y un Tribunal de Justicia.

Creo que no cabe duda sobre el aliento federal que inspiró este proyecto, cuyo preámbulo se refería a la creación de “una comunidad política europea de carácter supranacional”. En cambio, sí cabe debatir el significado último de los agitados acontecimientos vividos en 1954. Es evidente que para Europa, 1954 fue un parte aguas, una encrucijada. Pero la pregunta que cabe hacerse desde nuestra perspectiva actual es si se tomó o no el camino más acertado.

Para sus partidarios, la Comunidad Europea de Defensa habría dado respuesta a un asunto clave, que todavía no hemos logrado resolver, como es el la supeditación de nuestras fuerzas armadas a una autoridad supranacional europea. En este contexto, parece innegable que el hecho de que la remilitarización de Alemania se resolviese en el marco de la OTAN, y no en uno exclusivamente europeo, ha tenido consecuencias duraderas. Por otro lado, la Comunidad Política Europea quizás habría permitido a los europeos dotarse de los instrumentos necesarios para desarrollar una verdadera política exterior común.

Para sus detractores, en cambio, la derrota de la Comunidad Europea de Defensa fue “una necesidad histórica”, como afirmó literalmente un colaborador de Mendès France. Desde esta perspectiva, su aprobación habría partido a Francia en dos, haciendo imposible una verdadera reconciliación franco-alemana. Por otro lado, es cierto que la Comunidad Europea de Defensa alimentó el temor a que la integración política pudiese conducir a una militarización de Europa; cabe recordar que, además de irritar a los comunistas y gaullistas, tampoco fue bien recibida por la juventud y por muchos moderados franceses.

En todo caso, el fracaso de la Comunidad Política Europea tuvo al menos la virtud de obligar a los Seis a centrarse en la integración económica, y en ese sentido, puede considerarse una contribución al proceso que condujo a los tratados de Roma de 1957. Además, el camino finalmente seguido tampoco puede considerarse un abandono total de la ruta trazada por De Gasperi y sus colegas; al fin y al cabo, la Comunidad Política Europea también incluía la creación de un

mercado común entre sus objetivos. Visto así, cabe hablar incluso de la existencia de un hilo conductor entre las derrotas de 1954 y el triunfo de 1957. Y aunque De Gasperi sin duda hubiese preferido la aprobación de la CED y de la CPE, parece claro que habría recibido con gran satisfacción la firma de los tratados de Roma.

En suma, aunque pueda resultar frustrante comprobar que llevamos los sesenta años transcurridos desde 1954 debatiendo los mismos asuntos sin resolverlos del todo, también debería consolarnos la constatación de lo mucho que hemos avanzado desde entonces.